

B. 34.584

M. 321

37

EL PESIMISMO OBRERO.

Discurso pronunciado

en el Fomento de las Artes de Granada.

POE

NICOLÁS MARÍA LÓPEZ.



GRANADA.

Imp. de «El Defensor.»

1887.

A m. h. 10. 15. 20. 25. 30. 35. 40. 45. 50. 55. 60. 65. 70. 75. 80. 85. 90. 95. 100. 105. 110. 115. 120. 125. 130. 135. 140. 145. 150. 155. 160. 165. 170. 175. 180. 185. 190. 195. 200. 205. 210. 215. 220. 225. 230. 235. 240. 245. 250. 255. 260. 265. 270. 275. 280. 285. 290. 295. 300. 305. 310. 315. 320. 325. 330. 335. 340. 345. 350. 355. 360. 365. 370. 375. 380. 385. 390. 395. 400. 405. 410. 415. 420. 425. 430. 435. 440. 445. 450. 455. 460. 465. 470. 475. 480. 485. 490. 495. 500. 505. 510. 515. 520. 525. 530. 535. 540. 545. 550. 555. 560. 565. 570. 575. 580. 585. 590. 595. 600. 605. 610. 615. 620. 625. 630. 635. 640. 645. 650. 655. 660. 665. 670. 675. 680. 685. 690. 695. 700. 705. 710. 715. 720. 725. 730. 735. 740. 745. 750. 755. 760. 765. 770. 775. 780. 785. 790. 795. 800. 805. 810. 815. 820. 825. 830. 835. 840. 845. 850. 855. 860. 865. 870. 875. 880. 885. 890. 895. 900. 905. 910. 915. 920. 925. 930. 935. 940. 945. 950. 955. 960. 965. 970. 975. 980. 985. 990. 995. 1000. 1005. 1010. 1015. 1020. 1025. 1030. 1035. 1040. 1045. 1050. 1055. 1060. 1065. 1070. 1075. 1080. 1085. 1090. 1095. 1100. 1105. 1110. 1115. 1120. 1125. 1130. 1135. 1140. 1145. 1150. 1155. 1160. 1165. 1170. 1175. 1180. 1185. 1190. 1195. 1200. 1205. 1210. 1215. 1220. 1225. 1230. 1235. 1240. 1245. 1250. 1255. 1260. 1265. 1270. 1275. 1280. 1285. 1290. 1295. 1300. 1305. 1310. 1315. 1320. 1325. 1330. 1335. 1340. 1345. 1350. 1355. 1360. 1365. 1370. 1375. 1380. 1385. 1390. 1395. 1400. 1405. 1410. 1415. 1420. 1425. 1430. 1435. 1440. 1445. 1450. 1455. 1460. 1465. 1470. 1475. 1480. 1485. 1490. 1495. 1500. 1505. 1510. 1515. 1520. 1525. 1530. 1535. 1540. 1545. 1550. 1555. 1560. 1565. 1570. 1575. 1580. 1585. 1590. 1595. 1600. 1605. 1610. 1615. 1620. 1625. 1630. 1635. 1640. 1645. 1650. 1655. 1660. 1665. 1670. 1675. 1680. 1685. 1690. 1695. 1700. 1705. 1710. 1715. 1720. 1725. 1730. 1735. 1740. 1745. 1750. 1755. 1760. 1765. 1770. 1775. 1780. 1785. 1790. 1795. 1800. 1805. 1810. 1815. 1820. 1825. 1830. 1835. 1840. 1845. 1850. 1855. 1860. 1865. 1870. 1875. 1880. 1885. 1890. 1895. 1900. 1905. 1910. 1915. 1920. 1925. 1930. 1935. 1940. 1945. 1950. 1955. 1960. 1965. 1970. 1975. 1980. 1985. 1990. 1995. 2000. 2005. 2010. 2015. 2020. 2025. 2030. 2035. 2040. 2045. 2050. 2055. 2060. 2065. 2070. 2075. 2080. 2085. 2090. 2095. 2100. 2105. 2110. 2115. 2120. 2125. 2130. 2135. 2140. 2145. 2150. 2155. 2160. 2165. 2170. 2175. 2180. 2185. 2190. 2195. 2200. 2205. 2210. 2215. 2220. 2225. 2230. 2235. 2240. 2245. 2250. 2255. 2260. 2265. 2270. 2275. 2280. 2285. 2290. 2295. 2300. 2305. 2310. 2315. 2320. 2325. 2330. 2335. 2340. 2345. 2350. 2355. 2360. 2365. 2370. 2375. 2380. 2385. 2390. 2395. 2400. 2405. 2410. 2415. 2420. 2425. 2430. 2435. 2440. 2445. 2450. 2455. 2460. 2465. 2470. 2475. 2480. 2485. 2490. 2495. 2500. 2505. 2510. 2515. 2520. 2525. 2530. 2535. 2540. 2545. 2550. 2555. 2560. 2565. 2570. 2575. 2580. 2585. 2590. 2595. 2600. 2605. 2610. 2615. 2620. 2625. 2630. 2635. 2640. 2645. 2650. 2655. 2660. 2665. 2670. 2675. 2680. 2685. 2690. 2695. 2700. 2705. 2710. 2715. 2720. 2725. 2730. 2735. 2740. 2745. 2750. 2755. 2760. 2765. 2770. 2775. 2780. 2785. 2790. 2795. 2800. 2805. 2810. 2815. 2820. 2825. 2830. 2835. 2840. 2845. 2850. 2855. 2860. 2865. 2870. 2875. 2880. 2885. 2890. 2895. 2900. 2905. 2910. 2915. 2920. 2925. 2930. 2935. 2940. 2945. 2950. 2955. 2960. 2965. 2970. 2975. 2980. 2985. 2990. 2995. 3000. 3005. 3010. 3015. 3020. 3025. 3030. 3035. 3040. 3045. 3050. 3055. 3060. 3065. 3070. 3075. 3080. 3085. 3090. 3095. 3100. 3105. 3110. 3115. 3120. 3125. 3130. 3135. 3140. 3145. 3150. 3155. 3160. 3165. 3170. 3175. 3180. 3185. 3190. 3195. 3200. 3205. 3210. 3215. 3220. 3225. 3230. 3235. 3240. 3245. 3250. 3255. 3260. 3265. 3270. 3275. 3280. 3285. 3290. 3295. 3300. 3305. 3310. 3315. 3320. 3325. 3330. 3335. 3340. 3345. 3350. 3355. 3360. 3365. 3370. 3375. 3380. 3385. 3390. 3395. 3400. 3405. 3410. 3415. 3420. 3425. 3430. 3435. 3440. 3445. 3450. 3455. 3460. 3465. 3470. 3475. 3480. 3485. 3490. 3495. 3500. 3505. 3510. 3515. 3520. 3525. 3530. 3535. 3540. 3545. 3550. 3555. 3560. 3565. 3570. 3575. 3580. 3585. 3590. 359

La P^{re}miere

00
00
(37

Dr. D. Antonio López Albúñez

Nada vale este mezquino trabajo, hecho sin meditación ni concierto, pero acéptelo por ser el primero que publico en esta forma, y porque en su criterio desapasionado y en su sincero amor al prójimo procura inspirarse su discípulo ayer y amigo querido hoy,

N. M. López.



A mi distinguido amigo y
maestro D. Francisco de P. V.
Clavet, le dedica este ejem-
plar de tan insignificante
trabajo, su afmo.

D. M. Capín

C
002
008
(37)

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA	
- GRANADA -	
Sala	C
Estante	44
Número	88(7)

Dr. D. Antonio López Albuñoz

Nada vale este mezquino trabajo, hecho sin meditacion ni concierto, pero acéptelo por ser el primero que publico en esta forma, y porque en su criterio desapasionado y en su sincero amor al prójimo procura inspirarse su discípulo ayer y amigo querido hoy,

N. M. Lopez.



THE HISTORY OF THE
CITY OF BOSTON
FROM THE FIRST SETTLEMENT
TO THE PRESENT TIME
IN TWO VOLUMES
BY NATHANIEL BENTLEY
OF THE BARRISTER AT LAW
IN THE SUPREME COURT OF JUDICATURE
IN THE COUNTY OF MIDDLESEX
LONDON: PRINTED BY J. JOHNSON, ST. PAULS CHURCH-YARD, 1734.

THE HISTORY OF THE
CITY OF BOSTON
FROM THE FIRST SETTLEMENT
TO THE PRESENT TIME
IN TWO VOLUMES
BY NATHANIEL BENTLEY
OF THE BARRISTER AT LAW
IN THE SUPREME COURT OF JUDICATURE
IN THE COUNTY OF MIDDLESEX
LONDON: PRINTED BY J. JOHNSON, ST. PAULS CHURCH-YARD, 1734.

SEÑORES:

He elegido como tema de las breves consideraciones que he de hacer esta noche, "El pesimismo obrero," porque lo creo de alguna oportunidad.

Es indudable que estamos en una época de transición, de lucha y contradicciones; época verdaderamente revolucionaria, en que se discuten los principios más opuestos, y en que se ha de decidir el porvenir de generaciones futuras; época en que todos debemos combatir con sinceridad y entusiasmo, por lo que á cada cual le dicte su conciencia y en que por consiguiente, todos los hombres de buena voluntad, cualesquiera que sean sus ideas,

deben estar interesados en hacer desaparecer el egoismo y la hipocresía, tras de los cuales se esconden las malas intenciones, el ecepticismo, que para nada sirve y todo lo corrompe, y su consecuencia práctica el pesimismo, que hace á los hombres desgraciados é inútiles para sí mismos y para sus semejantes.

Pero si todos necesitamos dejar de ser ecépticos y pesimistas, á nadie interesa más esto que á la clase trabajadora, cuya situación reclama el concurso de la voluntad y el entusiasmo de todos los que á ella pertenecen, si ha de dejar de ser lo que es; clase á la que por turno le ha llegado la hora de actuar en el gran teatro del mundo, y que para las grandes luchas que se le preparan, necesita fortificar su espíritu con fe y con ideales, desterrando el tétrico pesimismo, el fanesto decaimiento, el desconsolador ecepticismo, que si llegara á apoderarse de ella, concluiría por hacerla, definitivamente, la esclava, pobre y desdichada, de las otras clases sociales.

Es el pesimismo un modo de pensar y de sentir, un criterio aplicable á todas las esferas de la vida, para el que todo es triste y sombrío; para el cual la existencia es una lucha sin trégua, un desierto sin oasis; la ciencia una mentira ó una serie de contradicciones, el arte y la literatura un eco de nuestras miserias, la política una farsa, la religion una hipocresía, la moral una fórmula... Modo de sentir y pensar, que sin formar escuela

ni partido en todos penetra, y, como ambiente envenenado, á todos lleva su gérmen de muerte, que cuenta con numerosos prosélitos en todas las clases, que difunde el malestar en la sociedad, engendrando por doquiera el abatimiento y la indiferencia; que aboga toda tentativa generosa; que quita la fé al creyente, la inspiracion al artista, el amor pátrio al ciudadano, el estímulo al hombre de ciencia, la rectitud al político, y la esperanza de regeneracion al obrero.

Al hombre pesimista no le habéis de amistad ni de amor, de entusiasmo ni desinterés; solo verá en ellos la traicion y el engaño, la ambicion y la mentira. Estará dispuesto á encontrarlo todo negro, malo, *pésimo*, y recibirá con burlona sonrisa ó apática ironía todo sentimiento elevado, toda aspiracion de mejora ó de bienestar.

Voy á exponer á la ligera los estragos que esta funesta doctrina ejerce en las clases trabajadoras, por cierto las más expuestas á recibir su desconsolador influjo.

Si alguien tuviera razon para ser pesimista, para quejarse de la vida, y no encontrar en ella sino sinsabores y desventuras había de ser el trabajador. Oprimido por la vida de la materia, sujeto por las más apremiantes necesidades al potro de trabajo rudo y penoso, como suelen serlo la mayor parte de los trabajos manuales, sin tiempo apenas, en medio de esta lucha diaria de su existencia, para

ilustrar su espíritu con las verdades de la ciencia ni con los recreos legítimos del arte; privado de casi todos los bienes de una cultura de la cual él solo percibe un eco lejano, decir que el obrero debía cantar un himno á la armonía de los intereses humanos, y encontrar la vida risueña y hermosa, sería una insensata exigencia, ya que no una sangrienta ironía.

Comprendemos toda la pesadumbre inmensa que debe ejercer en el alma la carencia de los medios más inmediatos para la satisfacción de las más naturales y apremiantes necesidades, sabemos que el problema económico está por resolver, no ignoramos que un lecho duro, un alimento mercedado, un abrigo insuficiente, un trabajo excesivo, embrutecedor y quizá no recompensado, son gran parte para temer y desconfiar del porvenir de una sociedad, cuya organización imperfecta da lugar á estos crueles desequilibrios, pero nunca, ni aun en este caso desesperado, ni aun en esta situación, amarga y triste, ni en la clase trabajadora, cuyos males, positivos y ciertos, son el problema de reparación que nuestro siglo transmitirá al que ya se acerca, tiene el hombre derecho á entregarse á esa sorda desesperación del pesimismo, á perder toda esperanza, á aborrecer á sus semejantes y aborrecerse á sí propio, á sustraerse á todo sentimiento simpático y á todo pensamiento de consuelo, á envolverse en una atmósfera som-

bría, que no deje penetrar hasta nosotros, las dulzuras de la ilusión, y esas risueñas promesas de la esperanza, que aun el ser más desgraciado puede albergar en su pecho.

Porque una cosa es ser desgraciado, y estar sufriendo el aguijón punzante y muchas veces inevitable de la tristeza y del dolor, y otra muy diferente es ser pesimista.

La tristeza, —como ha dicho un escritor insignie,—es una especie de atmósfera mística y transparente, de que se rodea la pena para aislarse en medio de la alegría y ruido del mundo; pero el pesimismo es esa otra atmósfera, densa y opaca, ese cristal ahumado á cuyo través el alma todo lo encuentra sombrío. El hombre desgraciado, aun en las mayores contrariedades, conserva la esperanza de que cambiará su estado, y esta esperanza servirá para impulsarlo al trabajo, y para hacerle soportable la existencia; para el pesimista, puesto que todo es malo y todo irremediable, no hay esperanza ni estímulo para nada, y se entrega á esa postración, á ese decaimiento, que más que síntoma de muerte es la muerte misma.

Hé aquí, cómo de la idea de lo que es el pesimismo se deducen sus inmediatas fatales consecuencias: la indiferencia para todo; de esta indiferencia el decaimiento moral y físico; del decaimiento la ignorancia, y como hijo de esta, el vicio y la inmoralidad.

Este es un encadenamiento muy lógico y muy explicable. El hombre en general, y lo

mismo el obrero en particular, viven para realizar dos fines: uno individual, inmediato, sujeto por entero al reducido círculo de sus propios actos y que cada uno, sino crear, puede modificar con su voluntad; y otro social, amplio, que ningún individuo aislado puede abarcar por completo, ni mucho menos determinarlo por su voluntad, sino que se rige por una misteriosa resultante de la voluntad de todos, por esa dirección providencial que hemos simbolizado en la fórmula que llamamos progreso. Estos dos fines, que se ligan íntimamente, pero que no se confunden,—como no se confunde la vida de la célula con la vida del total organismo físico,—necesitan ser pensados, amados y deseados antes de ser cumplidos; antes que realidad han de ser un ideal, una esperanza.

Por eso á cada progreso, á cada paso de la humanidad en el camino de su perfeccionamiento, ha precedido una lenta elaboracion, y antes de ser hecho en la historia, ha vivido como idea en el pensamiento, como sentimiento en el corazón y como decision en la voluntad. El cristianismo para estenderse por el mundo necesitó cinco siglos de lucha; la libertad política para surgir del seno de la grandiosa revolucion del siglo pasado necesitó una larga preparacion, y todas las grandes innovaciones y reformas necesitan este penoso prólogo, que suele ser sangrienta via crucis de los que mueren defendiendo la idea

nueva contra la vieja institucion, guerra encarnizada entre los partidarios de aquello que se derrumba y lo que se levanta alumbrado por un nuevo sol.

Pues bien, cuando el hombre pierde la confianza en los ideales, individuales y sociales, cuando no cree en el progreso, cuando nada espera del porvenir, y cuando, por consecuencia de todo esto, cae en las garras del pesimismo, que cree que el destino del individuo es vivir arrastrando sus miserias por la tierra, hasta caer,—como decia Schopenhauer,—en el sombrío vacío en la nada; y que el fin de la sociedad no es sino la lucha, en que inevitablemente sucumbirán los débiles contra los fuertes y los pequeños contra los grandes, entonces, toda su actividad carecerá de objeto, no deseará nada porque nada esperará, y sin deseos ni ideales que cumplir, sin aspiraciones ni estímulos para trabajar, caerá en la fatal indiferencia, primera consecuencia inmediata del pesimismo.

Ninguna doctrina, por levantada que sea, encontrará eco en el corazón del obrero pesimista; es indiferente hasta con sus propias desdichas; su situación se le ofrecerá como irremediable, y desconfiará de aquellos que le hablen de mejorar su posición y su clase, llegando á ser como un órgano atrofiado, como una rueda inútil en el complicado mecanismo de la vida.

Nada más natural que á esta indiferencia

siga la postracion y el decaimiento físico y moral. Cuando las facultades y las aspiraciones humanas pierden su objeto propio, cuando el corazón no siente ni la voluntad obra, todo el ser se marchita y decae. Esto es evidente: la convicción de que nada bueno ni amable hemos de encontrar en la vida, y de que en ella no hemos de cumplir fin alguno que merezca la pena de interesarse en él, nos deja huérfanos de todo apoyo, y es causa de que se acorten los días de la vida misma.

A la indiferencia y al decaimiento acompaña la ignorancia. El hombre se ilustra y procura instruirse en la ciencia, para comprender y mejorar su destino ó el destino de la sociedad en que vive; desde el momento, pues, en que la concepción pesimista se apodera de él y se convence de que la vida es una lucha inacabable del bien contra el mal, en que este siempre ha de salir triunfante, un sufrimiento perpétuo, sin compensacion ni consuelo, la razon de ilustrarse desaparece por completo, y la ciencia, cuando más, se le ofrece como una *bella mentira*, declarándose sujeto á perpétuo error ó afirmando que para él es inasequible la verdad, por lo mismo que esta es el bien en la esfera del pensamiento.

El obrero que no crea en la posibilidad de una regeneracion futura, el que no tenga la esperanza de días mejores para su clase y para sí mismo, no solo no querrá instruirse,

sino que aborrecará la ciencia, viendo en los que á ella se dedican á una especie de aristocracia, á unos cuantos privilegiados, que, con sus conocimientos y su ilustracion, disponen de un nuevo poder para someter y dominar al infeliz trabajador.

Y acogíendose el pesimista á la ignorancia, negada toda su virtualidad y valor á la ciencia, ¿qué de extraño tiene que el vicio y la inmoralidad hagan su presa en los que se encuentran en esta deplorable situación de ánimo?

Cierto es que la moralidad y la virtud son cosas distintas de la ciencia, y que aun sin poseer esta última se puede ser honrado y virtuoso, pero tambien lo es que para obrar es necesario conocer, y que la verdad y el bien van tan unidos, como que, allá en su último fundamento, vienen á ser una sola y misma cosa. El hombre ignorante no podrá discernir con claridad lo bueno de lo malo; no podrá comprender bien cuales son sus deberes para consigo mismo y para con sus semejantes, y se hallará por tanto doblemente expuesto á caer en el vicio.

Todos lo vemos, y las estadísticas de la criminalidad lo prueban evidentemente. La mayor parte de los delincuentes carecen de toda instruccion, y más delinquen por ignorancia que por perversidad. Esos escándalos callejeros, en que se hace ostentacion de inmoralidad; esas orgias baratas, que se van extendien-



do cada día más, y en las que el vino y la navaja no dejan de hacer sus víctimas, acusan, más que otra cosa, la rudeza é ignorancia.

Al hablar de ignorancia justo es hacer una observación. La ignorancia consecuencia del pesimismo, esa ignorancia voluntaria que se impone el pesimista por desconfiar de que la instrucción pueda servir para algo, será siempre imputable al que en ella vive, pero la ignorancia que no depende de la voluntad del que la sufre, lejos de imputársele al mismo debe caer y pesar sobre la conciencia de sus semejantes, que, egoistas y apáticos, no procuran difundir las luces de la cultura entre aquellos que, no por haber nacido en una clase desheredada, dejan de tener derecho á que su espíritu sea educado como el del más soberbio aristócrata.

Indicadas las consecuencias del pesimismo obrero, se nos ofrecen con claridad sus causas.

La primera de estas, la más inmediata, como que casi se confunde con aquel, es el escepticismo, la falta de convicciones y de creencias. La vida en su parte moral se rige por principios, por leyes tan ciertas y permanentes como las de la materia; mas como estas leyes no son tan tangibles como las que vemos en los cuerpos de la naturaleza, su conocimiento originó las inacabables discusiones de los filósofos, y de esta inseguridad en el conocimiento brotó la duda, y de la duda na-

ció el ecepticismo, que no es sino la misma duda, adoptada sistemática y permanentemente.

El ecepticismo es tan antiguo como antiguo es el error entre los hombres; pero en nuestros días, favorecido por las condiciones de la época presente, que, como hemos dicho, es de lucha y oposición entre las ideas más opuestas, se ha extendido por todas partes, propendiendo á constituir una verdadera calamidad y un grave peligro.

Cuando falta la fé, cuando las convicciones no nutren al espíritu con su sávia, este cae inevitablemente en la tristeza y el abatimiento de la soledad, tristeza que acaba por engendrar el pesimismo, con todas sus funestas consecuencias.

A esta causa del pesimismo en el orden intelectual, se unen otras muchas que más directamente se refieren á la sensibilidad. La desgracia, cuando se prolonga y repite; los engaños sufridos; todo ese cúmulo de ingratitudes, de contrariedades, miserias y dolores, que la experiencia va recogiendo en la vida, contribuyen á hacer que el corazón dolorido eleve á regla general lo que deba ser excepción, frecuentísima, es cierto, pero excepción al cabo en la trama de la vida, en la que por fortuna existen y existirán siempre, siquiera sea para muestra, la sinceridad, la abnegacion y el desinterés.

El pesimismo, que es uno solo, toma, sin

embargo, diferentes matices, según el orden de la vida en que se manifiesta. Así, hay un pesimismo científico, que, ó se confunde con el escepticismo, ó crea que todas las penosas investigaciones de la ciencia solo servirán para averiguar que la lucha y la contrariedad son permanentes, el mal y el dolor invencibles.

¡Triste afirmación, que amortigua y apaga el ingenuo deseo que todos sentimos de ser iluminados con los resplandores de la verdad! A ella opone estas enérgicas palabras un sabio escritor en un bello libro (1): "Escuchar siempre, pensar siempre, y siempre aprender; así es como se vive. El que á nada aspira ya, el que ya nada aprende no es digno de vivir."

Hay otro pesimismo para el arte y la literatura, de moda hoy, y del que no hace muchos días se quejaba la prensa con motivo del estreno, de *La trata de blancos*, drama de Leopoldo Cano, porque el autor solo veía en el mundo miserias, y no sacaba á escena sino personajes indignos y malvados.

En la esfera religiosa y moral el pesimismo aparece conforme con su idea de la vida. Puesto que los sentimientos más puros son ilusión y mentira, puesto que la abnegación y el desinterés no existen, la moral para el pesimista carece de base; y en cuanto á re-

(1) *La Higiene del alma* del baron Feuchtersleben.

ligion, el pesimismo no la tiene, porque los consuelos de aquella son incompatibles con las fatídicas sombras de este; y si aspira a tenerla es *La religion del porvenir*, de que habla Hatman, parecida al Nirvana de Budha, que proclama el aniquilamiento como el fin último del hombre y el sufrimiento el único deber de la existencia.

Todos estos pesimismos, con sus peculiares caracteres, aunque idénticos en el fondo, no se manifiestan mucho en el que se apodera de la clase trabajadora, pues que esta clase, se ocupa nada ó casi nada de lo que á la ciencia, al arte, á la literatura ó á la moral pueda hacer referencia. Por esto el pesimismo obrero tiene más bien un carácter económico y político, y en este punto es donde propiamente se manifiesta.

El pesimismo obrero en la vida política ofrece dos aspectos distintos.

Uno proclama la indiferencia completa en todo lo que á política se refiere.

Para él son iguales todos los partidos y todas las organizaciones, porque ninguno puede proporcionar la felicidad al pueblo; la realización de la justicia la considera un imposible, un sueño, y predica la inacción, el retraimiento, el alejamiento de la vida pública en todas sus manifestaciones, el quietismo de la servidumbre.

No necesito indicar las fatales consecuencias de este pesimismo. El porvenir del obre-

ro depende de sus propios actos; el problema de su situación lo ha de resolver él mismo, acudiendo á los medios de que disponga, y renunciar, sistemáticamente, á toda participación en la política, es renunciar á un poderoso elemento de defensa para su clase, es "entregar la dirección de la vida social á los más osados y á los menos escrupulosos en utilizar en provecho propio esa situación que crea la inercia general."

Una insensatez sería negar los desengaños y las ingratitudes que el obrero ha recibido de los que, llamándose sus amigos, le hicieron risueñas promesas, para luego servirle de él como de pedestal con que escalar los altos puestos del poder, y desde allí, utilizar ese poder en beneficio propio, sin cuidarse de atender á las necesidades é intereses de los que, con su sacrificio y esfuerzo, los sacaron de las sombras de la insignificancia.

Esto es muy cierto. La política ha llegado á una escandalosa corrupción: la influencia, el compadrazgo, y un repugnante personalismo lo hacen todo, pero el obrero, ante este sombrío cuadro, no debe entregarse á la indiferencia y á la quietud; debe protestar constantemente, ver la manera de que se oiga su voz y se atienda á sus necesidades, porque si se calla y resigna, los parásitos de la política medrarán á su costa y vivirán de su sangre.

El otro aspecto del pesimismo de la clase trabajadora, con relación á la política, es pro-

clamar la fuerza como el único fundamento del poder y el único procedimiento para conseguirlo, declarando la anarquía absoluta, con todos sus horrores, y la revolución sangrienta en todo momento, como un mal necesario é inevitable.

De este pesimismo nacen esos partidos, sin nombre ni bandera, cuyo símbolo no es ya, como antes, el puñal y el petróleo, sino la dinamita con sus espantosas explosiones.

Respecto al fin económico, el pesimismo obrero, ofrece otros dos aspectos análogos á los notados con relacion á la política. O afirma que el desequilibrio social es inevitable porque siempre habrá pobres y ricos, explotados y explotadores, sin esperanza de avenencia ni de armonía, ó piensa, siguiendo inconscientemente las huellas de Malthus, que no cabiendo todos en el banquete de la vida, los débiles deben morir; y como no es fácil resignarse á esto, declara lícito acudir á todos los medios, y sostener una guerra continua para arrancar á los demás el pedazo de pan que ha de prolongar la existencia.

Confesamos que estas doctrinas del pesimismo obrero rara vez pasan de la teoría á la práctica, y que el trabajador, aun dominado por tan negras ideas, es honrado y respeta la propiedad; pero estas mismas ideas contribuyen á aumentar las filas de un partido social, pesimista en los procedimientos y equivocado en sus conclusiones. Me refiero

al socialismo, con todas sus variantes, cuyas aspiraciones, que tienen algo de legítimo en el fondo, dejan de serlo en la forma en que se proponen. Proclamar la fuerza y la violencia como único medio de resolver el problema económico, soñar con una igualdad impuesta por esa misma fuerza, además de un error científico, es caer en temperamentos pesimistas, que lejos de facilitar las pretensiones de la clase obrera, le sirven de obstáculo en su realización.

No acuso, sin embargo, como con soberana injusticia hacen algunos, á la clase trabajadora de sus errores é instintos revolucionarios.

Libreme Dios de pretender escitar el encono de nadie, ni mucho menos de alhagar ciertos temperamentos, pero creo, con íntima convicción, que si hay obreros que amenacen con los horrores de la anarquía social, si con el ruido de los talleres se confunde la frase de *infames burgueses*, y otras de odio y venganza, es porque á esos obreros les falta media vida, es porque perciben, sin gozarlos, los beneficios de una civilización muy encareada, pero incompleta, puesto que sus conquistas, hasta ahora, han sido más teóricas que prácticas, han separado en vez de unir con el lazo de la fraternidad; civilización que como el sol, cuando apunta por Oriente, calienta los altos picos y deja en fría penumbra el fondo sombrío de los valles.

A Dios lo que es de Dios y al Cesar lo que es del Cesar. Si ese negro pesimismo que se apodera de las clases trabajadoras es contrario á la naturaleza y á la humanidad; si duele ver en los honrados hijos del trabajo ese ceño torvo, esa mirada esquiva, ese decaimiento moral y físico que de ellos con frecuencia se apodera, no hay que desconocer por eso, como antes he dicho, la realidad de los males que les rodean, ni pretender que sean cándidos optimistas, que todo lo vean de color de rosa.

Lo que sí pretendemos aconsejarles es que no caigan en el abatimiento y postración del pesimismo, que de todo desconfía y no conserva ninguna esperanza. Porque si bien es cierto que el pavoroso problema económico, que tanto afecta al obrero, está aun en pié, y que no se sabe cual será su solución, también lo es que la distribución de la riqueza va, aunque lentamente, siendo más equitativa que en los pasados tiempos, y que hay indicios,—como dice un ilustrado sociólogo español (1),—para esperar que este problema se podrá resolver en el seno de la paz y de la libertad.

Indicadas las consecuencias del pesimismo y sus manifestaciones prácticas en la clase obrera, restaba solo exponer los medios de

(1) Azcárate, *Estudios filosóficos y políticos*.

combatirlo y evitarlo, pero estos medios ya pueden deducirse de lo que llevamos dicho. Rechazar el ecepticismo; abandonar la indiferencia, que debilita y mata; impulsar la voluntad hácia lo bueno y justo; fortificar la inteligencia con la instruccion; sobreponerse, con espíritu fuerte, á las miserias y desdichas de la vida; hé aquí lo que puede auventar la sombra fatídica de las ideas pesimistas.

Y aun en la situacion más difícil, cualquiera que sea nuestra condicion, tendremos un gran consuelo y una poderosa palanca para remover los obstáculos que encontramos en el camino de la vida.

El consuelo es la esperanza; la palanca la unión y la buena voluntad.

HE DICHO.

26 de Febrero de 1887.

